

garapiñadas, *mendiants*, dulcecillos y bombones de los que habían estado en la mesa.

—Cierto estoy, continuó el caballero casi rasos los ojos en lágrimas, que el mismo perverso que haya pensado mal de mí dirá ahora: “Don Carlos es cleptomano,” como llaman ahora á los que antiguamente se llamaba bribones y pícaros; mas no es así: en mi vida he tomado nada contra la voluntad de su dueño y bien lo saben todos los que me conocen; pero hace como dos años que siempre que ocurro á algún banquete, cojo estas friolerillas para llevarlas á mis nietos, los huérfanos de mi hija Luz, para quienes soy padre, madre, abuelo y abuela, porque soy lo único que les queda en el mundo.

Don Antonio abrazó al simpático viejo, los demás le estrecharon la mano y la fiesta continuó con la misma alegría de antes.

25 de agosto de 1900.

LA NODRIZA

FUE largo y famoso el noviazgo de Julio Díaz y Amparo Cota. Desde que ella iba al colegio, todavía con el vestido á media pierna, y él frecuentaba en el Liceo las clases de cuarto año, ya se correspondían y ya se habían jurado amor eterno. Mientras los otros muchachos mariposeaban por los cafés y solían beber en ellos un ron con goma ó un *bitter-curaçao* jugando de paso algún partidillo de carambola ó de *piña*, Julio invertía el producto de sus trabajos en el bufete del Licenciado López Retana en comprar flores para la chiquilla, por cierto ya

muy espigada, juntando de paso los quince ó veinte duros que anualmente gastaba en la *cuelga* de Amparo. Quizás de eso haya provenido la esquivez y el retraimiento que acompañaron de por vida al pobre Julio, que tuvo siempre horror invencible por las juerguitas más ó menos ordenadas y por la sociedad en todas sus formas. A él que no lo sacaran de su Laurent, de su Baudry la Cantinerie ó de su Démangeat, porque era hombre perdido y sin recurso.

En todo el barrio era famosa la parejita, que por cierto tuvo la suerte de gustar al público que frecuentaba la calle al grado que los vecinos, los trasnochadores y hasta los borrachos ya contaban en la acera con el obstáculo de Julio, y gustosos se apartaban para no tropezarlo en las noches de tempestad, en que las tinieblas se vuelven palpables como en las épocas genesiacas. Luego vinieron los días malos; Julio, deseoso de labrarse una posición, anduvo de acá para allá probando fortuna en el ejercicio libre de la abogacía, en el desempeño de empleos y en la gestión de bienes de testamentarias y concursos; pero la fortuna

no llegaba y el anhelado matrimonio con Amparo se iba demorando para las calendas griegas.

Había otra razón para que las justas nupcias no vinieran tan pronto como los muchachos querían: don Carlos Cota, el padre de Amparo estaba para liar el petate y no era cosa de separar bruscamente del lado del pobre paralítico á su hija única, su compañera de sus últimos años; semejante cosa habría equivalido á una peligrosa amputación moral y no la habría sufrido el trabajado organismo de don Carlos.

Al fin murió el anciano, Julio arregló un modesto *modus vivendi* y se pudo pensar en el matrimonio. Pero el novio no era ya el mocito barbiponiente que había asombrado por su constancia al barrio de la Párrquia: en cabello y barba ostentaba la característica sal-pimienta que demostraba que no habían pasado sin dejarle huella las meditaciones, los estudios y los cuidados. Ella tampoco era ya la chica arrogante de otros tiempos; cerca de las sienas y en las comisuras de los labios, mostraba las arrugas que denunciaban las noches pa-

sadas en vela junto al sillón paterno, los días transcurridos en espera del médico ó del efecto de una droga y sobre todo los de la prolongada, la inmensa, la terrible ausencia del ser á quien amaba con alma y vida.

Cuando á los tres años de unión Alvarez Moreno anunció oficialmente el embarazo de Amparo, aquellos bienaventurados creyeron volverse locos.

Se juntaría una mediana biblioteca si se tuviera la curiosidad de coleccionar cuanto los autores han escrito describiendo las sensaciones de los padres que aguardan el primer hijo; pero con ser tanto ese material y haber entre ello tanto tan bueno, no serviría para reseñar lo que pensaron, dijeron, y obraron los señores Díaz.

Ni el hijo de Vanderbilt con su lecho de oro macizo, ni el príncipe Felipe Próspero á quien la sola ciudad de México daba cien mil pesos para mantillas, tuvieron nunca los primores que el futuro contingente que había de venir á ver la luz del mundo en aquel hogar burgués. Camisas, pañales, mantillas, gorros, fallas, zapatos, ropones

y los mil artículos de la indumentaria mamónil, por docenas y destinados á todos los usos: bautizo, estancia en la casa, salida á la calle, tiempo de frios y época de calor; cama de mimbre con su colchoncito de plumas; sonajero de plata y por todas partes un derroche de cintas, listones y moños que mareaba y concluía por cansar.

El parto no fué cosa llana: tres días duró la pobre Amparo entre la vida y la muerte, y sólo la intervención oportuna de Alvarez Moreno evitó complicaciones y quizás una muerte probable.

El chiquillo que vino al mundo no parecía hijo de aquellos melancólicos, que lo veían con el espanto con que deben haber visto á Micromegas los moradores de la tierra. Había traído el príncipe de Asturias un apetito tan excelente, que había probabilidades de verlo convertido en un rollo de manteca en menos tiempo del que emplea cualquier niño en esa tarea constitutiva.

Ya los padres se lo figuraban riendo con un diente aislado y tierno como maíz acabado de brotar, ya creían verlo echar el

paso, ya creían oírle los primeros papá y mamá, que vuelven chochos hasta á los más formales.

Amparo no se daba punto de reposo zarrandeando al bebé, bañándolo, pesándolo y ocupándose hasta de las cosas más insignificantes que le concirieran. Julio solía interrumpir una cita de Parladorio ó de Salgado para ir á ver que pasaba con Carlitos (por su abuelo materno) y enterarse de si dormía, si holgaba tendido en la cama matrimonial ó había tomado la purguita de maná.

En el tribunal, en la calle, en todas partes interrumpía á los amigos: "¿Sabe usted que por casa tenemos un *czarewitch*? Y no puede usted figurarse lo vivo que es: nos distingue á la madre y á mí tan sólo por la voz. El otro día me cogió por los anteojos y no era posible conseguir que me soltara. Es de lo más pillo y creo que á su edad no hay otro más sano y más fuerte."

Pero á los tres ó cuatro meses aquellas ilusiones cesaron: el mamoncillo desmerecía á ojos vistos y se iba poniendo cacoquimio y flacucho que daba compasión verle.

Pensar en empacho de estómago ó en cualquier accidente causado por descuido, era pensar en lo excusado. Creer en la presencia de algún enemigo oculto que estuviera pendiente del organismo y nutriéndose de la misma sangre, no parecía inverosímil.

El médico vió, tanteó, palpó y auscultó al infante, examinó la leche de la madre y concluyó por declarar que el niño se moría de hambre.

Ese día entró la desolación en la casa. Amparo se horripilaba de pensar en que su hijo sería criado por alguna perdida y se propuso todo antes que consentir esa abominación. Pero todo inútil; el bendito infante se resistía lo mismo á los atoles de todas las féculas que á la leche esterilizada á la fosfatina y á la harina láctea.

Cuando la madre lo cogía en los brazos y le arrimaba el biberón á la boca, el pícaro *czarewitch* gritaba, se debatía y con resolución que demostraba un gran carácter en ciernes, escupía en menudas gotitas las que de líquido le quedaban entre los labios.

Pensaron Amparo y Julio en cabras y burras; pero con el mismo resultado. El pobre jurisconsulto, salía en medio de lluvia y granizo, á ordeñar á las bestias á fin de dar su colación nocturna al infante; y dice quien lo sabe que valía la pena de dar cualquier cosa por haber visto ataviado con gorro de dormir, zapatillas é impermeable, con una palmatoria en la mano derecha y el ronzal del asna en la izquierda, al Licenciado don Julio Díaz, que á los estrados se presentaba flamante é impecable, luciendo la levita más bien tallada que cortó sastre ninguno.

Pero aquello no podía durar, y los buenos deseos de los cónyuges eran impotentes para vencer la resistencia del tragoncillo. Amparo lloraba, se consumía y al fin pensó formalmente en la maldita nodriza.

Una tarde, la pobre madre contemplaba la calle desde su ventana, cuando vió pasar á una mujer acompañada de cuatro chiquillos astrosos y desarrapados, como si por capricho los hubieran vestido con arambelles á cual más corto y más sucio.

Amparo le dirigió la pregunta que diri-

gía á todas las gentes que pasaban: “señora, ¿no sabe de alguna buena nodriza?”

—*Pos* quizás yo le sirva, niña, contestó la tarasca.

Más tardó en decirlo que en encontrarse dentro de la casa.

Llevaron á Carlitos y sacó la prójima á relucir un pellejo negro y flácido rematado por un botón de ébano puro que colocó en la boca del niño. Al ver la teta el crío agitó las manos y al sentirla comenzó á succionar con los bezos chiquitines con fuerza tal, que se le desparramaba por la carilla y corría por la camisola de moños rosa un líquido espeso, azucarado, sabroso que primero hacía poner al niño los ojos en blanco, luego lo obligaba á detenerse y por último lo dormía con sueño blando y reposado.

Amparo creyó que la fortuna se le había metido por las puertas. Dejó al niño en la cuna y luego salió para ajustar á la nana. No se necesita ser un Metternich para comprender que en el debate que se entabló para saber el precio de los servicios de Gabina (así se llamaba el ama) de-

bía la balanza inclinarse del lado suyo. Doce pesos mensuales, tres vestidos de percal con su ropa blanca al canto, dos pares de zapatos y unas arracadas fueron el precio de su alquiler. Los pobres *izcuíntles* tuvieron cada uno su vestidillo, un sombrero galoneado el marido y tres pesos la suegra.

El mismo día que la Gabina entró á la modesta vivienda, entró por ella la plaga más terrible.

No había capricho costoso, antojillo difícil de cumplirse, cosa rara ó estravagante que la Gabina no codiciara y obtuviera. Caminar con el niño hasta el pueblo en que vivía la familia de la hembra, hacerlo probar las cosas más raras y de más laboriosa digestión—á él, criado con un mimo y un regalo de que apenas habrá ejemplo—traerlo desnudo, sucio y hecho una compasión, eran cosas frequentísimas. Pero ocasiones había en que le llamaban la atención la falda de la señora ó alguna alhajilla, y ya estaba pidiéndolas mediante figuras directas ú oblicuas que daba terror oír: “niña, sus *naguas* de seda lila ya no sirven ¿cuándo me las da?” ó “¿cuándo tendré yo para

mercarme un anillito como el de la señora?” ó cuanto me gusta el rebozo chino de la niña Amparo; si yo tuviera mercaba uno.” Y la maldita estaba segura de que rebozo, falda y anillo pararían en su poder á más andar, como en realidad sucedía.

‘Cerveza cara, *oatmeal*, vino y comida substanciosa eran su ordinario mantenimiento; y así al par que el niño renacía rápidamente y ostentaba colores de vida, la ranchera iba ensanchando los mofletes, engordando el talle y adquiriendo esa beatitud que da la vida holgada y sin cuidados.

Una mañana la pobre Amparo pensó que se le caía encima la casa: del rancho de Buenavista habían llegado nuevas de una inundación que había barrido todas las chozas de la *cuadrilla* y de que se habían ahogado á la hora del suceso ó habían sido arrastrados por la corriente el marido, la madre y los hijos de Gabina.

En procurarse tila, éter y azahar pas ó Amparo toda la mañana; al fin se decidió á dar la noticia con reticencias, con vaguedades y con distingos, apuntando los con-

suelos, alimentando las esperanzas y haciendo comprender á la prójima que allí tenía una familia que la abrigara. Gabina derramó alguna lagrimilla que se limpió con la punta del delantal randado, dijo que á quien sentía era á su *mama* y al chiquitito; pero que si Dios se los llevaba, su Divina Majestad sabía lo que hacía; y cuando la señora, con voz de espanto, le dijo: "Pero, por Dios, Gabina, no hay que darle el pecho á mi hijo," contestó la descastada: "Ah, qué niña, *pos* que cree que no se me ha pasado el susto? *Pos* la mera verdad ¿quiere que le diga? me alegro, porque así no tendré que darle á *nai-den* nada de mi sueldo.

El mismo día Amparo y Julio determinaron empezar á enseñar al niño á comer solo; no fuera á sacar las perras entrañas y el corazón pedernalino de su nana—y más bien querían verlo muerto que celebrando la muerte de un ser humano.

23 de agosto de 1900.

LO QUE TODOS QUIEREN

Si hubo durante el tiempo dichoso del coloniaje guerra sonada, comentada, traída y llevada, fué la de sucesión, producida, como todos saben, por la idea del señor don Carlos II (de imbecil memoria) de regalar sus vasallos, incluso los de ultramar, que no sabían el por qué de la posesión ni la causa del traspaso, á su sobrino Felipe de Francia en vez de donarlos á su primo Carlos de Austria.

Después del gran desastre de Vigo, en que se hundieron en los abismos del océano las millonadas que de aquí se mandaban á la metrópoli, y de los innumerables males que tuvieron que sufrir el comercio